

Doc. N°

Nerva 8 de diciembre de 1954.- *Escrito de la sierva de Dios Madre Luisa, dirigida al obispo Cantero Cuadrado y enviado junto a la carta del 24-12-1954, en la que le narra la historia de la Obra de Jesús Nazareno de Nerva: su origen, su actividad apostólica, los medios con los que cuenta y sus fines.* (Nerva, Archivo de la Congregación Obra de Jesús Nazareno, Archivo C.— El documento está expedido mediante fotocopia autenticada con el sello del Archivo de las Hermanas de la Obra de Jesús Nazareno, con fecha 30 de noviembre de 2023).

Transcripción del documento

+

Obra de Jesús Nazareno de Nerva

En el año 1.939, impresionada por la gran miseria de este pueblo y, más aún, por la desgracia espiritual en que morían todos los enfermos —pues solo en algunas familias piadosas eran administrados los santos sacramentos—empecé a visitar enfermos, acompañada de la señorita Lucía González Carbajo —que en este mismo año había salido, por enfermedad, del Instituto de Hermanas de la Cruz— y de mi hermana, Tilde Sosa Fontenla.

Teniendo por lema «a la Fe por la Caridad», llevábamos a nuestros enfermos el socorro material que nos era posible y el auxilio espiritual del sacerdote en el momento oportuno.

Profunda emoción sentimos al ver salir, por primera vez, a nuestro Señor Sacramentado, como viático, por los barrios de nuestro pueblo.

Pronto surgieron personas simpatizantes con nuestra labor, que nos ayudaron con sus limosnas. Y así continuamos visitando a cuantos enfermos nos enterábamos, especialmente tuberculosos y haciéndoles todo el bien posible. A unos, valiéndonos de amistades, los ingresamos en sanatorios y hospitales; a otros, los ayudamos a bien morir hasta el último momento; y a otros, en fin, los hemos visto curados.

Desde el principio hemos hecho todo cuanto la caridad nos ha exigido con nuestros enfermos: limpiarles las casas, asear a ellos —dentro de los límites de la modestia cristiana, cuando se trataba de hombres—, amortajarlos; abarcándonos con cuantas miserias encontráramos a nuestro paso.

Esta labor ha sido interrumpida algunas veces por circunstancias ajenas a nuestra voluntad. Mas, vencidos los obstáculos, siempre la hemos reanudado con el mejor afán.

Metidas así de lleno en el corazón de los barrios, haciendo nuestras las necesidades de los pobres y queriendo ayudarles de la manera más eficaz, con nuestras pocas limosnas, estudiamos el problema a fondo y llegamos a la conclusión de que lo mejor para ellos y lo más económico para nosotras, sería darles la comida hecha.

Y a este efecto, cogimos en alquiler una casita pequeña y comenzamos a guisar, con una olla prestada, el día 10 de junio de 1948. A partir de este día nunca más se interrumpió nuestra labor, por la gracia de Dios.

Han sido incontables los enfermos y necesitados socorridos, dándoles diariamente la comida y la cena, a más de esas otras muchas cosas que un enfermo necesita.

Esta fue nuestra actividad hasta el año 1950 en que, en el mes de noviembre, nos encontramos con una anciana de ochenta y tres años, ciega y en la más triste miseria: desnuda y cubierta por completo de toda clase de parásitos, que la tenían llena de heridas, encetada, como vulgarmente se dice.

Como disponíamos entonces de un salón, que unos meses antes habíamos arrendado para desahogo y que se comunica con la casita, al ver semejante desamparo, de acuerdo con el Sr. cura párroco —D. Juan Romero Oviedo— la trajimos a nuestra casa y, después de lavarla y prepararla debidamente, la acogimos en el mencionado salón, el día 26 de noviembre, donde continúa aún, gracias a Dios.

Nunca estuvo en nuestra mente dedicarnos a la asistencia de ancianas y he aquí que de pronto, por permisión divina, empiezan a surgir casos análogos al anterior y pronto tuvimos el salón con nueve ancianas, que lo llenan por completo.

En el año 1952 se nos presentó un conflicto regular: El muro exterior de la casa se desvió terriblemente, amenazando derrumbarse de un momento a otro y coger a nuestras ancianas el hundimiento del piso. La dueña se negó a repararlo por falta de recursos. Solicitamos a la Compañía de Riotinto una casa que había sido asilo siempre y que estaba desocupada. Pero nos la negaron por tenerla destinada a hacer casas para sus obreros. No teniendo otro local donde trasladarnos, ni contando con fondos para la obra —debíamos, por el contrario, cinco mil pts.— y siendo inminente el peligro para las ancianas, pusimos ciegamente nuestra confianza en la gran misericordia de Dios, que en el momento oportuno nos daría los medios necesarios; y llamamos a un albañil y fijamos la fecha en que comenzaría.

El Señor premió nuestra confianza, pues antes de empezar, S. E. Rvdmo. el Sr. Cardenal Segura nos dio el importe total de la obra que ascendió a once mil doscientas ptas. y el día 1 de septiembre teníamos comenzada nuestra obra, de cuyo importe nos vamos resarciendo a cuenta de rentas, que son noventa y cinco ptas. mensuales.

El 25 de noviembre de 1953 murió una anciana, la segunda que acogimos — María Iglesia— después de una enfermedad larga y penosa para ella y de mucho trabajo para nosotras. Pero tuvimos la dicha de verla morir, edificándonos a todos, con todos los auxilios espirituales. Y esta mujer que tan de veras se convirtió, hizo su primera comunión, ya en nuestra casa, a la edad de setenta y dos años. Pronto fue sustituida por otra anciana.

El 16 de julio de 1952 recogimos también una niña de 13 años, que por el abandono total de sus padres andaba noche y día por las calles perdiendo su pureza y siendo escándalo para todos.

Esta es pues, nuestra realidad presente: estamos dedicadas totalmente a la asistencia corporal y espiritual de estas ancianas y niña; visitamos y socorremos los enfermos y necesitados que podemos; procuramos, en una palabra, ejercer la caridad en todos cuantos aspectos se nos presenta, buscando solo la mayor honra y gloria de Dios, nuestra propia santificación y la de cuantos acogemos bajo nuestra protección; y con nuestras oraciones, la santificación de todos.

Somos actualmente cuatro las dedicadas a esta obra: Esperanza Mora Camacho —maestra nacional de este pueblo—; Ángeles Dorado Jura, Carmen Luengo Rodríguez y una servidora. Nos ayudan también Yolanda Pérez Guisado, mi hermana, Tilde Sosa Fontenla y mi sobrina, Julia Hierro Sosa, que en el futuro piensan consagrarse a la Obra.

Para el sostenimiento de esta Obra no contamos con nada seguro; nació y vive de limosnas. Es costumbre aquí que los pobres pidan los viernes. Nosotras, como pobres más, pedimos también los viernes en muchas casas del pueblo, no por todas aún, algunas de las cuales solas se han ofrecido a contribuir con sus limosnas a la Obra.

Hacemos, para vender, paños de malla y frivolitté, que nos supone también alguna ayuda. Limosnas extraordinarias nos llegan algunas veces, de aquí y de fuera, de personas que, sin saber por qué, nos quieren ayudar generosamente.

El gasto medio viene a ser aproximadamente de más de setenta y cinco ptas. diarias; aparte, claro es, las medicinas, alimentación especial si están enfermas, ropa y cuantos gastos extraordinarios se presentan y que no se pueden enumerar.

La vida de nuestras acogidas se desliza plácidamente, en un ambiente eminentemente cristiano, bajo todos los aspectos considerados. Es nuestro deseo que tenga, y tiene en efecto, nuestra casa para ellas, sabor del hogar. No son un número más. Tienen una personalidad bien definida, con sus exigencias particulares y sus gustos que se respetan y atienden siempre que no vayan en contra del bien común. Así, por ejemplo, cada una tiene su arca donde, después de confeccionada y marcada, guardan su ropa, disfrutando de esa posesión que les hace recordar cuando estaban en sus casas. Expongo este detalle para dar idea del sabor de hogar a que antes aludo. Muchos más podría exponer que lo confirman; pero me limitaré a decir que son todos aquellos que se les puede conceder sin alterar en absoluto el buen orden de nuestra

casa.

Siempre realizamos nuestra labor como miembros de la J.F. de A.C. [sic¹], por la siguiente razón: Yo he sido siempre de la directiva —delegada comarcal desde 1941 hasta el 1952 que tuve que dimitir por mis ocupaciones— y ante la gente llevaba consigo a todas las partes la personalidad de tal miembro de A. C.; yo al ver el ambiente de simpatía con que esto rodeó a la Juventud, que antes no había sido bien acogida aquí, lo dejé correr de acuerdo con la Unión Diocesana. Mas nunca utilizamos sus fondos, que destinábamos para sus más directos y peculiares fines: Ejercicios, Cursos, Campañas, etc.

Ya bien fundamentada la Juventud no es necesario esto para darle vida y solas las circunstancias nos han independizado, dando carácter particular a nuestra obra.

Consagradas en espíritu, por entero, a esta obra, no lo estamos aún prácticamente todo cuanto debíamos, a causa de las obligaciones en nuestras casas, a las que hemos de atender mientras estemos en ellas. De aquí nuestro afán, deseo e ilusión de reunirnos para vivir en comunidad, alcanzando así el sublime ideal de nuestra vida.

Es un futuro claro, es un horizonte lleno de amor para nuestras almas enamoradas de Cristo: santificarnos nosotras mismas, grabando en nuestras almas la imagen del Divino Nazareno; atender ampliamente a nuestras acogidas; dedicarnos más de lleno a los enfermos y necesitados; practicar, en fin, la caridad por doquiera en todas sus manifestaciones, sin limitación alguna, para contribuir en nuestras pobres fuerzas, a que el reino de Cristo se extienda en nuestro pueblo y todos se salven en él.

Es uno de nuestros afanes mejores: que Dios nuestro Señor sea conocido y amado aquí y para calmar las ardientes ansias de nuestro corazón, queremos llevar con la limosna material, un poco de consuelo a las almas atribuladas, para que éstas agradecidas, vuelvan sus ojos a Dios y lo amen y se conviertan.

Esto es pues, lo que pretendemos al vivir en comunidad: dedicarnos de lleno, por entero, sin trabas ya, a la caridad, por amor de Jesús y de su Santísima Madre, la Virgen Inmaculada; y principalmente, a nuestra propia santificación. Rendir nuestras vidas a la mayor honra y gloria de Dios nuestro Señor y por el bien corporal y espiritual del prójimo, en el que queremos ver siempre la imagen bendita de nuestro divino redentor.

Consagradas nuestras vidas en esta tierra minera, para que cuando llegue nuestro día postrero, el Señor, con su infinita misericordia, olvide nuestros pecados, miserias e infidelidades y nos admita en su Reino porque... “cuando tuvo hambre, le dimos de comer; cuando tuvo sed, le dimos de beber; estuvo desnudo y le vestimos; enfermo y le visitamos...”.

¹ Juventud Femenina de Acción Católica

Es cuanto tengo que exponer a V.E.R. del pasado, presente y futuro de esta “Obra de Jesús Nazareno de Nerva”, para la cual y todos sus miembros, pido humildemente vuestra bendición paternal.

8-12-1.954 -Nerva

(Enviado al Sr. Obispo el 24-12-1954)